

A estas palabras se sucedió una pausa. Más antes de separarse de su amigo, Polaniecki dijo á modo de conclusión:

—El domingo no voy contigo al campo.

—Tal vez será mejor,—le contestó Bigiel.

## XI

En su casa aguardábale á Polaniecki una noticia inesperada. Halló un telegrama de la señora Ewatovski, que estaba concebido en estos términos:

«Llego mañana por la mañana. Litka está bien.»

No había presumido una vuelta tan repentina; pero tranquilo respecto á la salud de la niña, supuso que algún asunto muy urgente debía reclamar la presencia de la señora Emilia en Varsovia. Nuevas esperanzas lo reanimaron, como si la señora Emilia debiera ser la hada bienhechora dotada del poder de cambiar de un golpe los sentimientos de Marina. Aún cuando había renunciado á la invitación de Bigiel, mudó en seguida de opinión, suponiendo que la señora Emilia formaría parte de la comitiva.

Aquella misma noche escribió al señor Plavicki anunciándole la llegada de su amiga, con la esperanza de que con este acto se haría acreedor á la gratitud de Marina.

Al día siguiente, muy de mañana, se hallaba ya en la estación. Mientras aguardaba la llegada del tren, paseábase arriba y abajo con paso rápido, para entrar en calor, porque la mañana era algo fría. La estación y las largas filas de vagones estaban envueltas en la niebla que apoyándose en el suelo,

iba dilatándose hacia arriba, adquiriendo un color de rosa pálido, precursor de un día hermoso. De improviso, dos figuras se destacaron de la niebla delante de él: la primera era la de Marina que venía á saludar á la señora Emilia; la otra la de la camarera que la acompañaba.

Aquel inesperado encuentro le puso de momento en gran apuro. Más luego se acercó á Marina y dijo tendiéndola la mano:

—Buenos días, señorita; ayer recibí el telegrama y me apresuré á enterar de él á su padre de usted, creyendo que le sería agradable esta noticia.

—Muchas gracias; verdaderamente me produjo una grata sorpresa.

—El tren no llega hasta dentro de media hora y le aconsejo que no lo espere usted aquí al aire libre, porque hace demasiado frío.

—Aguardaré en la sala de espera.

E inclinándose ligeramente se retiró.

Polaniecki volvió á emprender su paseo.

Poco después se oyó la señal de la llegada y empezó á distinguirse entre la niebla la masa del tren que avanzaba. La locomotora se detuvo resollando en la estación, mientras el vapor sobrante se escapaba silbando estrepitosamente por debajo de las ruedas delanteras. Polaniecki se acercó apresuradamente al vagón cama, y divisó, apoyada en los cristales del ventanillo el rostro de Litka, que, á la vista de su amigo se había animado de alegría. Hizole seña de que subiera, y pocos instantes después Polaniecki penetraba en el carruaje.

—¡Querida mía!—exclamó cogiendo la mano de



Litka.—¿Has dormido bien? ¿Y de salud, como vamos?

—Me siento mejor. Ahora ya no nos volveremos á separar, ¿verdad, señor Stach?

Junto á la niña estaba sentada la señora Emilia. Polaniecki la besó la mano con gran deferencia, diciendo apresuradamente:

—Buenos días, querida amiga. He tomado un coche y puede usted trasladarse en seguida á casa. Mi criada cuidará de llevarle los equipajes, y cuando entre usted á su casa, encontrará preparado el café. La señorita Plavicki está aquí.

Marina esperaba apoyada en el estribo del vagón. Esta y la señora Emilia se saludaron con gran efusión. De momento Litka miró á la joven con aire ceñudo; más al fin acabó por tenderla las manos para abrazarla.

—Marina nos acompaña á casa,—dijo la señora Emilia;—estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Estaréis cansadas después de un viaje tan largo,—observó la joven.

—Hemos dormido toda la noche, y cuando nos hemos despertado apenas nos quedaba el tiempo necesario para hacer nuestro tocado. De consiguiente, estamos descansadas y no nos estorbas para nada. Ven, tomaremos juntas el café.

—Entonces acepto con mucho gusto.

Litka tiró del vestido á su madre.

—¿Y el señor Stach, mamá?—la preguntó.

—Claro está que también él está invitado.

Pocos instantes después, hallábanse reunidos los cuatro en un mismo coche.

Polaniecki, sentado frente á Marina y al lado de

Litka, estaba de muy buen humor. Parecíale que había despuntado para él una nueva aurora, presagio de mejores días.

—¿Qué ha pasado, Emilia,—preguntó Marina,—que ha vuelto tan pronto?

—Ha sido Litka que cada día me rogaba que partiéramos.

—¿Te aburrías en Reichenhall?—preguntó Polaniecki á la niña.

—Sí,—contestó ésta.

—¿De modo que deseabas volver á Varsovia?

—Sí.

—Y por mí, ¿verdad? Dime que sí, porque sino me voy á enfadar.

Litka miró sucesivamente á Marina, á su madre y á Polaniecki.

—Sí, por usted también, señor Stach.

—Pues muchas gracias,—replicó Polaniecki.

Y cogiendo las manecitas de la niña se las llevó á los labios.

Luego, dirigiéndose á Marina, añadió:

—Como usted ve, nos disputamos con frecuencia, pero eso no quita que nos amemos.

—Siempre sucede así,—respondió ésta.

—¡Ah! si esto fuese verdad... siempre...—exclamó el mirándola con fijeza en los ojos.

Marina se ruborizó, púsose seria pero no contestó; antes por el contrario, volviöse hacia la señora Emilia.

—¿Dónde está el profesor Vascovscki?—continuó Polaniecki dirigiendo la palabra á Litka; ¿ha partido tal vez para Italia?



—No, se ha quedado en Ezenstochan, y vuelve pasado mañana á Varsovia.

—¿Cómo sigue?

—Bien.

Litka, mientras iba contestando, observaba atentamente á su amigo; de pronto exclamó:

—¡Cómo ha adelgazado el señor Stach! ¿no es verdad, mamá?

—¡Es verdad! está usted algo pálido,—dijo la señora Emilia.

Efectivamente, Polaniecki había cambiado, porque apenas dormía, y la causa de su insomnio estaba sentada enfrente suyo. Más él lo atribuyó al exceso de trabajo y á los múltiples asuntos que le tenían ocupado.

Entretanto, habían llegado frente á la casa habitada por la señora Ewatovscki, y pocos minutos después, mientras la señora Emilia y su hija estaban en su habitación, Marina y Polaniecki se encontraron solos en el comedor.

—¿No tiene usted alguna otra amiga íntima, á más de la señora Emilia?—preguntó Polaniecki.

—No, ninguna.

—Esta es siempre buena y afable, y eso agrada mucho. Yo, por ejemplo, que soy solo, me hallo aquí como en mi casa.

Y con voz insegura, añadió:

—Estoy muy contento de que sea usted su amiga, porque así hay entre nosotros dos, algo de común, algo que nos une.

En sus miradas se transparentaba una muda plegaria; parecía querer decir: «No puedo vivir más

así, tiéndame usted su mano en señal de reconciliación».

Más precisamente porque él no le era indiferente, mostrábase ella más desdeñosa. Cuanto más se revelaba abiertamente á su buen corazón, cuanto más simpático se le aparecía, tanto más monstruosa le parecía su conducta para con ella y tanto más crecía su indignación.

Dotada de un sentimiento delicado, tímida por naturaleza, y previendo que una respuesta brusca podía destruir la armonía de aquellos momentos, la joven no contestó; más él pudo leer claramente en su mirada estas palabras: «Te afanas inutilmente, lo de antes no puede volver ya, y es mejor para los dos que permanezcamos separados uno de otro».

Instantáneamente desapareció su alegría; un amargo pesar oprimió de nuevo su corazón, y mirando el frío semblante de la joven, creyó que realmente la había perdido para siempre.

La reaparición de Litka puso término á esta penosa situación. La niña había entrado muy alegre y contenta, pero de improviso se detuvo y miró sorprendida á uno y otro. Después fué á sentarse silenciosa junto al velador donde estaba servido el té. También su alegría había desaparecido, apesar de que durante el desayuno, Polaniecki luchando con su propio dolor, trataba de aparecer sereno y sostener animada la conversación. Pero jamás se volvió hacia Marina, ocupándose únicamente de la señora Emilia y de Litka. Marina se apercibió de este detalle y lo tenía como una ofensa.

Por la tarde, la señora Emilia y su hija fueron á



tomar el té con Marina y su padre. El señor Plavicki había invitado también á Masko y á Polaniecki, pero este último no se dejó ver. Tan singular es el corazón humano, que Marina se disgustó de esta ausencia. Tanto el odio como el amor anhelan la proximidad del sér que es objeto de uno ú otro.

Durante una buena parte de aquella tarde, Marina dirigía á cada instante los ojos á la puerta; más al fin, persuadida de que Polaniecki ya no vendría, empezó á coquetear con Masko, cosa que sorprendió en gran manera á la señora Emilia.

## XII

Masko, muy pagado de sí propio, debía estar convencido de la sinceridad de los actos de Marina para con él.

Indudablemente, el joven abogado le tenía mucho apego á la riqueza, pero, como no le faltaba talento, se había persuadido de que una señora de veras no le admitiría.

La señorita Plavicki no tenía dote, ó la tenía muy pequeña; más en cuanto se hubiese casado con ella, quedaba él libre de todas las cargas que se había impuesto en el acto de comprar Kerzemien. Emparentado con una familia noble podía obtener la clientela de la alta sociedad, llegando al objeto final á que había dedicado su ingenio. De esta manera habría acrecentado además su celebridad, y con el tiempo podría librar Kerzemien de todas sus cargas, y una vez rico al fin, abandonaría la abogacía, quedando convertido en un gran propietario rural, que era lo que vivamente deseaba.

Pensó en todo esto, y después de haber desechado todas las razones, en pro y en contra, se decidió á pedir la mano de la señorita Plavicki.

Masko había cumplido los treinta años, sin haber sabido jamás lo que era una verdadera pasión.

Sólo ahora comprendía la voluptuosidad que encerraba semejante amor, porque había acabado por enamorarse de Marina. También Marina había cambiado durante aquellos tiempos. La venta de Kerzemien le había quitado todas sus ocupaciones, y con éstas todo su trabajo de actividad.

A más de esto, había acumulado en su alma una fuerte dosis de amargura y de rencor. Todo esto sentía, y algunos días después de aquella tarde en que había esperado en vano á Polaniecki, se lo manifestó á la señora Emilia, mientras ésta se hallaba al anochecer en la sala inmediata al dormitorio de Litka.

—Ya sé,—dijo la joven,—que se ha turbado nuestra buena armonía de otro tiempo; no es esta la vez primera que deseaba hablar francamente contigo, pero no me he atrevido, porque me parecía que ya no era digna de tu amistad.

La señora Emilia atrajo á sus brazos á Marina y la besó en la frente.

—¡Qué dices Marina! Tú sigues siendo la niña seduda y dulce de antes.

—En Kerzemien era mejor que ahora. Tenía una ocupación, y me sostenía la esperanza de que con el tiempo acaecería algo que me haría dichosa. Todo se ha desvanecido; en Varsovia no me sé orientar, y lo que es peor, no sé ser como antes. Tú te has extrañado al verme coquetear con Masko,



estoy segura de ello. Ni yo misma sé porque lo he hecho. Tal vez porque me he vuelto mala, tal vez porque estoy aburrida de mí misma, de él y de todo el mundo. No le amo y no me casaré nunca con él; por lo tanto obré mal, y ahora, al confesarlo me dá vergüenza; pero hay momentos en que encuentro un deleite singular en hacer daño á los demás. Ya no soy digna de ser amiga tuya.

Ardientes lágrimas se deslizaban por las mejillas de Marina.

La señora Emilia la estrechó tiernamente contra su pecho y trató de tranquilizarla.

—Masko,—la dijo luego,—tiene evidentes intenciones sobre tí. Hablándote con franqueza, creía que te casarías con él. Esta convicción me sorprendió en gran manera, porque no es un hombre apropiado para tí. Conociendo, sin embargo, el gran cariño que profesabas á Kerzemien, me había persuadido de que obrabas así para volver á ir allá.

—Al principio tuve este pensamiento. Quise vencerme á mí misma de que me gustaba y no le quise rechazar. Pero no lo he logrado; comprendo que no pueda conquistar Kerzemien en este precio; en esto cabalmente está mi falta. Yo no he tratado de desilusionar á Masko, antes bien le sigo engañando.

—Conozco las razones que te han hecho obrar así. Por enojo y coraje contra otro... ¿Lo he adivinado? Consuélate, todo se arreglará. Tu conducta con Masko tiene que ser tal, que le persuadas de que se ha equivocado, pero esto pronto, mientras estás aquí.

—Lo sé, Emilia, pero me parece que no solo las

palabras, sino hasta los hechos, nuestro modo de proceder nos han ligado; y él me lo podrá echar en cara.

—Tú le contestarás lisa y llanamente que has procurado convencerte á tí misma, pero que no lo has logrado. Advierte que no hay otra salida que esta.

Un breve silencio siguió á estas palabras; pero tanto Emilia como Marina comprendieron muy bien que hasta entonces ninguna de las dos habían osado tocar el punto que más les interesaba.

La señora Emilia se apoderó de las manos de Marina, y dijo:

—Ahora, Marina, confiesa que has coqueteado con Masko, porque estabas enojada con el señor Estanislao.

—Sí, por esto fué,—contestó Marina á media voz.

—¿De modo que no se ha borrado aún de tu memoria el recuerdo de su estancia en Kerzemien?

—No, pero habría sido mejor que no me hubiese acordado más.

Emilia acarició sus negros cabellos.

—Tú no puedes imaginarte cuan noble y generoso es Polaniecki. Tú no sabes que hizo venir de Mónaco un célebre médico cuando Litka se puso enferma en Reichenhall y que, para no afligirme, me hizo creer que el médico había venido para visitar á otro enfermo. ¿No es ésta una prueba de generosa bondad? Hay personas inteligentes, pero que carecen de energía; hay personas enérgicas pero que carecen de sentimientos delicados. En él lo encuentras reunido todo. Cuando estábamos á punto de perder todos nuestros bienes, y el herma-



no de mi marido trataba de salvarlos, éste halló un poderoso auxiliar en Polaniecki. Si Litka estuviese en edad de casarse, yo se la daría con gusto y con confianza. Yo no sé cómo enumerar todas las pruebas de amistad que hemos recibido de él.

—Si á vosotros os ha hecho tanto bien, ¡cuánto mal en cambio me ha hecho á mí!

—Pero no intencionadamente, Marina. ¡Si supieras cuanto sufre por su imprudencia, y como reconoce su falta!

—Me lo ha dicho—afirmó Marina:—mucho he pensado ya sobre esto, sí, quiero decir la verdad toda entera. En Kerzemien fué muy bueno conmigo, tan bueno (y esto te lo digo á ti sola, y hasta te lo debo haber escrito), que en la noche de aquel domingo no pude dormir, porque su imágen no se apartaba de mi mente. En aquel instante, sentía que una sola palabra suya habría bastado para que mi corazón quedase eternamente ligado al suyo. Parecíame que también él... Mas al día siguiente la cosa cambió totalmente de aspecto; recordé que él era el acreedor de mi padre, y de consiguiente acreedor mío también. Así partió. El por qué estaba tan convencida de que volvería ó de que cuando menos escribiría, no lo sé. Mas él no volvió, ni escribió siquiera. Una voz interior me decía que no me quitaría Kerzemien, y sin embargo me lo quitó. Después... Yo sé que Masko habló claramente delante de él y sé que le dió á entender y hasta le declaró esplicitamente que no tenía intención alguna conmigo. ¡Oh, Emilia mía! Esto no era solamente hacerme daño, era peor, mil veces peor. Por él, no fué solamente mi amada casa la que perdí, no;

fué mucho más: perdí la fe en los hombres, perdí la creencia de que el bien y la nobleza prevalecían sobre el mal y sobre la vulgaridad. Y hasta yo misma me volví mala. ¿Tenía razón él para proceder como ha procedido? Hasta puede ser. Me he formulado ya esta pregunta, y no he medido su falta; pero eso no quita que haya algo en mí que se ha desgarrado. ¿Qué tiene que ver el que después se haya operado en él un cambio, el que se arrepienta ahora de lo que ha hecho y el que hasta tal vez esté dispuesto á pedirme por esposa? ¿Qué importa que yo no le haya arrojado completamente de mi corazón, y que sienta una cierta aversión contra él? Esto es peor que si me fuera indiferente. ¿Cómo puedo tenderle la mano, teniendo tan lleno de hiel el corazón? Tú crees que no he sabido apreciarle bastante, y hasta esto podrá ser; pero cuanto más le veo, más comprendo cuan indiferente me ha llegado á ser: conozco que, si tuviera que escojer entre los dos, daría la preferencia á Masko, á pesar de serle muy inferior. Todo el bien que de él me has dicho, lo creo; pero yo ya no le amo, ni le amaré nunca más.

A Emilia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pobre señor Estanislao!—dijo como hablando consigo misma,

Tras una breve pausa, preguntó:

—¿De modo que no te duele?

—Me duele cuando me lo imagino tal como estuvo en Kerzemien, me duele cuando no lo veo; pero cuando se me presenta delante no siento más que aversión contra él.



—Porque tú no sabes cuan desgraciado es. No tiene á nadie en el mundo.

—Te tiene á tí por amiga, y quiere á Litka.

—Pero, Marina, esto es muy diferente. Tú sabes que él te ama de un modo muy distinto y mil veces más que á Litka.

La habitación donde se encontraban, estaba á la sazón completamente á oscuras. El criado trajo una lámpara encendida. Al aparecer súbitamente la luz, la señora Emilia distinguió una figura pálida, acurrucada en un sillón.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Litka?

—Sí, mamita.

La voz de la niña tenía un acento singular. La señora Emilia se levantó y aproximándose á su hija la preguntó:

—¿Cuándo has entrado aquí? Dí, ¿qué quieres?

—Estoy tan confusa...

La señora Emilia la tomó en sus brazos, y entonces notó que había llorado.

—Litka has llorado; pero, ¿qué tienes?

—Estoy tan afligida, tan afligida.

Y apoyando la cabeza en el hombro de su madre, púsose á llorar de nuevo.

Aquella misma noche, mientras se estaba desnudando para acostarse, entró resueltamente en la habitación de su madre y la dijo al oído:

—Mamita, tengo un gran [pecado sobre mi conciencia.

—¡Pobrecita hija mía! Dime qué es lo que tanto te apena.

—Yo no quiero ya á Marina,—murmuró suavemente la niña.

XIII

La señora Emilia, Litka, lo propio que Marina y el señor Plavicki habían ido á comer en casa de Bigiel, que durante los meses de verano y á principios de otoño residía en una quinta situada á una hora de distancia de la ciudad. Era en un sereno día de otoño. La mayor parte de los árboles presentaban todavía un color verde hermoso y uniforme, solamente interrumpido á intervalos por algunas ramas despojadas de hojas ó con hojas de un color amarillo obscuro.

El señor Bigiel y su esposa, con todos sus hijos, habían recibido á los huéspedes. La señora Bigiel, que encontraba muy simpática á Marina, acogió tan cordialmente á la joven, que dejaba suponer la idea de conquistarla para Polaniecki, y que quería infundir sobre ella al manifestar la efusión con que eran acogidos los amigos de este último.

El señor Plavicki, que había conocido á la familia Bigiel en casa de la señora Emilia, había tomado el aire afable de un gran señor, aire que le hacía aún más afectado que de costumbre. Besó la mano á la señora, y dirigiéndose á Bigiel, le dijo en tono de benévola protección.

—Hoy en día es una verdadera satisfacción encontrarse bajo el techo de un hombre como usted. Yo aprecio en gran manera sus cualidades, con tanto mayor motivo, cuanto que es usted el socio de mi primo, que también se ha dedicado al comercio.

—Polaniecki es un hombre activo,—respondió



sencillamente Bigiel mientras estrechaba la enaguantada mano del señor Plavicki.

Las señoras entraron en la casa para dejar los sombreros y luego volvieron á la galería.

—No ha venido el señor Polaniecki,—preguntó la señora Emilia.

—Sí, ha llegado esta mañana,—contestó la señora Bigiel;—solo que en este momento ha ido á hacer una visita á las señoras Kraslavski. Las señoras Hraslayski—añadió dirigiéndose á Marina,—son nuestras vecinas de campo.

—Recuerdo haber conocido en otras ocasiones á la señorita Terka Kraslavski, y hasta recuerdo que su rostro en extremo pálido me produjo una singular impresión.

—Oh, todavía está muy pálida hoy. Con motivo de su delicada salud, pasó en Pau el último invierno.

Mientras tanto, los hijos de Bigiel se habían apoderado de Litka y la habían invitado á jugar con ellos. Las pequeñuelas la enseñaron con orgullo su pequeño jardín, cuya vejetación dejaba bastante que desear, y trataban de espresarla su cariño, poniéndose de puntillas para darla de besos en las mejillas. Esta [correspondía a sus caricias con la amabilidad y la ternura de una hermana mayor.

Pero los varones quisieron tener también su parte. Devastaron un pequeño banco de flores para hacer un ramo que ofrecieron á su joven amiga.

En este instante apareció Polaniecki al extremo del largo sendero que conducía á la quinta: de pronto no se apercibió de la presencia de Marina que se había unido á la tertulia que formaban los pequeños. Primeramente recorrió con la vista la

galería, después la parte del jardín que se extendía delante de la casa, y apretó el paso tan pronto como se presentaron á su vista las claras vestiduras de la joven. Litka, sabiendo que su madre se alarmaba en cuanto ella hacía un movimiento brusco, no se movió de su sitio, y siguió jugando con los demás niños; más estos, apenas divisaron á Polaniecki, abandonaron repentinamente sus cachivaches y se lanzaron al encuentro de su amigo, prrumpiendo en fuertes gritos de alegría. Litka los quiso seguir pero retrocedió súbitamente, estremióse todo su cuerpo y fijó sucesivamente en Polaniecki y en Marina sus grandes ojos llenos de tristeza.

—¿No quieres saludar al señor Polaniecki?—le preguntó esta última.

—No.

—¿Por qué, Litka?

—Porque...

Un ligero rubor coloreó las mejillas de la niña, sin que ella misma supiese el por qué no se atrevía á expresar su pensamiento.

Entre tanto Polaniecki se había acercado, rodeado de los niños y tratando de alejarlos riendo.

—No me apretéis tan de cerca, monines,—exclamaba,—porque sino os mando á todos á paseo.

Al mismo tiempo tendió sonriendo la mano á Marina; y volviéndose luego á Litka dijo:

—¿Cómo está mi pastorcilla?

Su mirada pareció influir favorablemente en la niña, pues esta le tendió sus manecitas y respondió:

—Muy bien, pero ayer estuve triste toda la no-



che porque no vino cierto señor Stach. Ahora tiene usted que venir en seguida á ver á mamá.

Todos volvieron á la galería.

—¿Ha hecho ya usted una visita á las señoras Kraslavscki?

—Sí, las señoras vendrán aquí después de comer.

Esperábase también al doctor Varcovski quien al fin llegó acompañado del señor Buckacki. Las intimas relaciones que éste tenía con Bigiel le autorizaban á venir sin estar invitado.

Saludó á la señora Emilia como de costumbre, bromeando y sin la menor sombra de sentimentalismo.

—¿No tenía usted intención de ir antes á Mónaco y después á Italia?—le preguntó esta última mientras se sentaba á la mesa.

—Sí, señora,—respondió Bukacki,—pero me olvidé de llevar conmigo el cortaplumas que me sirve para cortar las páginas de los libros que leo durante el viaje; y por esto regresé á Varsovia.

—¡Realmente es un motivo muy grave!

—No puede V. figurarse la grima que me da, el ver que los hombres únicamente obran por motivos importantes. ¿Acaso estos, tienen algún privilegio especial? Además, tenía el triste deber de acompañar á su última morada los restos de un amigo; he asistido á los funerales del pobre Sisoviez.

—¿Aquel *sportman* pequeño y flaco?—preguntó Bigiel.

—Sí,—contestó Bukacki:—puede usted creer que aún no me he recobrado de la sorpresa de que un hombre que durante toda su vida no hizo otra cosa que cometer locuras, se haya decidido á dar un pa-

so tan serio como lo es el de la muerte. En esto no lo he reconocido.

—A propósito,—dijo Polaniecki tomando la palabra;—las señoras Kraslavscki me han contado que Plozovski, aquel que trastornaba la cabeza á todas las mujeres de Varsovia, se ha abrasado los sesos en Roma.

—¡Es un pariente mío!—exclamó Plavicki.

Esta noticia afectó mucho á la señora Emilia. No había conocido personalmente á Plazovski, pero había estado en íntimas relaciones con una tía suya, y sabía que esta señora adoraba á su sobrino.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia!—exclamó.—¿Pero es cierto? ¡Un joven tan rico y dotado de tan buenas cualidades! ¡Pobre señorita Plozovski!

—Que lástima que queden sin herederos unos bienes tan cuantiosos,—añadió Bigiel.—Yo conozco la fortuna de la familia Ploszovski, porque estos radican cerca de Varsovia. La anciana señora Ploszovski no tenía más que dos parientes, este sobrino que se ha suicidado y la señora Kromicki que murió también. Pero dejemos á un lado los muertos y hablemos de los vivos... ¡Vaya! ¡á la salud de la señora Emilia!

—Y á la de Litka,—agregó Polaniecki.

Y volviéndose á Marina, prosiguió:

—Y á la de nuestras comunes amigas.

—¡De todo corazón!—prorrumpió la joven.

—Ya sabe usted—continuó él bajando la voz,—que yo considero á Emilia y á Litka, no sólo como amigas, sino además... como diré... como á mis patrocinadoras. Litka es todavía una niña, pero la se-



ñora Emilia sabe escojer sus amigos. Por lo tanto, si alguien tiene prevenciones contra mí, aún admitiéndolo que sean fundadas, por no haber obrado yo como debía, no debe considerarme como al peor de todos los hombres, pues sé cuanto me aflige esto y sobre todo porque sabe cuanta amistad y cuanta benevolencia me profesa la señora Emilia.

Marina quedó muy desconcertada y se sintió dominada por un sentimiento de involuntaria compasión, cuando él, en voz más baja todavía añadió:

—Esto es un tormento indecible y una amarga pesadumbre desgarrar mi corazón.

Antes que pudiese ella contestar, levantóse Plavicki para brindar por la señora Bigiel, haciendo un largo discurso en elogio de las mujeres en general y de la señora Bigiel en particular.

Polaniecki estaba fuera de sí y deseó de todo corazón que al prolijo orador le ahogaran sus propias palabras.

Habíase desvanecido su esperanza de obtener una benévola respuesta de Marina. La joven se levantó para hacer chocar su vaso con el de la señora Bigiel, y cuando se volvió á sentar, él no se atrevió á provocar una respuesta. Después de la comida comparecieron las señoras Kraslavski. La madre, de unos cincuenta años de edad, muy vivaracha y parlanchina; la hija, por el contrario, rígida y fría; por lo demás esta última tenía una figura muy graciosa, pero estaba tan pálida que parecía una Virgen de Hollbein.

Polaniecki, contrariado, entabló desde luego conversación con ella. De vez en cuando dirigía una

mirada al lozano rostro de Marina pensando para sus adentros:

—Si á lo menos tú, cruel, me hubieses dicho una palabra buena...

Y creció hasta tal punto su contrariedad, que, como la señorita Kraslavski que tenía el defecto de abusar de la *e*, hubiese dicho *meme* en lugar de *mama* se apresuró á preguntar:

—¿A quién llamáis?

Pero la *meme* estaba muy atareada comentando el suicidio del joven Ploszovski.

—Le aseguro á usted,—decía animándose progresivamente,—que la cosa es clara: se ha matado por el dolor que le ha producido la muerte de la señora Kromicki, que era una gran coqueta. ¡Dios se apiade de su alma! Yo no podía soportarla, sobre todo cuando hacía la melindrosa en presencia de mi Terka. Un ejemplo muy peligroso para una jovencita inocente. Hasta la misma Terka no la podía soportar.

—Pero siempre he oído decir,—interrumpió la señora Emilia,—que la señora Kromicki era un ángel de bondad.

—Señora,—añadió Bukacki, dirigiéndose á la señora Kraslavski á pesar de no haber oído jamás hablar de la Kromicki.—Le doy á usted mi palabra de honor de que era un ser angelical.

La mamá de Terka guardó silencio por algunos instantes: no sabía que replicar. No quería ser descortés porque Bukacki era rico y de consiguiente un buen partido para su hija; y por lo tanto se limitó á contestar:

—Para los hombres, todas las mujeres hermosas



son ángeles. La señora Kromicki puede haber sido una excelente señora, pero carecía de todo: esto es positivo.

Como nadie replicó, la conversación tomó otro giro.

Al anochecer los invitados hicieron los preparativos de marcha. Litka se acercó á su madre y la echó los brazos al cuello, murmurando algo á su oído. Esta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y, volviéndose á Polaniecki, le dijo:

—Señor Estanislao, si no tiene usted intención de pasar la noche aquí, puede usted venir con nosotras. A Litka la colocaremos entre Marina y yo y así quedará sitio para usted.

—Me es absolutamente imposible quedarme aquí, y de consiguiente, os quedo muy agradecido por la oferta—contestó Polaniecki.

Luego, volviéndose á la que había inspirado aquel pensamiento la tomó en sus brazos y murmuró dulcemente a su oído:

—¡Has sido tú, corazoncito mío, has sido tú!

Pocos minutos después, el carruaje avanzaba por el camino de Varsovia. Al hermoso día, hábale sucedido una noche espléndida, iluminada por la luna.

Polaniecki respiró con deleite el fresco aire de la noche, lleno de gozo el corazón por hallarse entre los seres que le eran más queridos. A la claridad de la luna distinguía perfectamente el rostro de Marina, que en aquel instante le parecía serena y tranquila. Tal vez entre sí pensaba: «Sus sentimientos y los míos son idénticos; su desdén tal vez se desvanece en la profunda paz [que reina entre nosotros.

Litka se había acurrucado entre las dos mujeres; y parecía estar durmiendo. Polaniecki la cubrió cuidadosamente los piecitos con el chal de la señora Emilia. Un buen trecho del camino se recorrió en medio del más absoluto silencio. Al fin, la señora Emilia fué la primera en romperlo, diciendo:

—Este suicidio será probablemente el epílogo de alguna espantosa tragedia. Tal vez no le faltaba razón á la señora Kraslavski al sostener que el suicidio del uno estaba legado á la muerte de la otra.

—Después de un suicidio, siempre se hacen mil comentarios,—respondió Marina,—y esto, á mi modo de ver, está mal hecho; parecé que no se le tiene compasión alguna al desgraciado.

—Antes que todo,—dijo á su vez Polaniecki,—hay que tener compasión para los que pueden experimentar todavía sus efectos; es decir, para los vivos.

Nuevamente quedó interrumpida la conversación. Sólo al cabo de algunos minutos, mientras el coche pasaba corriendo por delante de una casa cuyas ventanas estaban iluminadas, repuso Polaniecki:

—Es la quinta de las señoras Kravslavski.

—Yo,—observó la señora Emilia,—encuentro muy inconveniente la manera como aquella señora se ha expresado con respecto á la desdichada Kromicki.

—Es una hiena,—dijo Polaniecki.—¿Y sabe usted quién es la causa? Es su hija. Esta quisiera pintar de negro á todos los seres de este mundo, para que su hija apareciera con la cándida blancura de un



ángel. Como que tenía sus proyectos sobre el pobre Ploszovski y la señora Kromicki era un obstáculo para sus miras, por eso la odiaba de todo corazón.

—Por lo demás,—observó Marina,—la señorita Terka es bonita.

—Es una autómeta, cuyo corazón no palpita si á su madre se le olvida darle cuerda. De mujeres de esta clase hay una infinidad, por más que muchas de ellas á primera vista no lo parezcan. Es cosa increíble; sin embargo, un amigo mío, un joven médico, se enamoró locamente hace cerca de dos años, de aquella muñeca sin alma. Dos veces consecutivas pidió su mano, y á las dos veces fué rechazado porque aquellas señoras se habían formado otros proyectos, y él se expatrió á Holanda, donde murió de consunción. Al principio me escribía con regularidad para pedirme noticias de su autómeta; después dejé de recibir cartas suyas.

—¿Lo sabe ella?

—Lo sabe, porque siempre que tenía ocasión de verla, yo le hablaba del joven médico. Su recuerdo no ha alterado ni por un instante su serenidad. Habla de él como de cualquier persona extraña. Y pensar que mi pobre amigo era un escéptico, un materialista, ¡un verdadero hijo de nuestro siglo! Sin embargo sostenía que la pasión se burla de toda la filosofía de este mundo, y hasta una vez me dijo: «¿Qué quieres que te diga? prefiero ser desdichado con ella, á ser dichoso con otra.» Lo cual equivale á decir que la razón juzga con rectitud, pero que el alma, es eternamente esclava de las pasiones.

En aquel momento el coche recorría un camino

flanqueado de castaños, cuyas ramas, iluminadas por los faroles del coche, parecían encendidas.

—Y si á uno le sobreviene una desgracia semejante, tiene que resignarse,—observó de pronto Polaniecki,—como conclusión de un razonamiento que se hubiese hecho á sí mismo.

La señora Emilia se inclinó hacia Litka murmurando:

—¿Duermes?

—No, mamita,—contestó la niña.

#### XIV

—Yo no le tengo mucho apego al dinero,—decía el señor Plavicki,—pero si la Providencia hubiese decretado que nos tocase á nosotros una parte de esa importante herencia, es cosa segura que no la rechazaría.

—Le ruego á usted que considere,—observó fríamente Masko,—que ante todo, sus pretensiones de usted no tienen fundamento alguno.

—No por esto se tiene de renunciar á ellas.

—Y además, que la señorita Ploszovski vive aún.

—Sí, pero esa señorita es una especie de choza ruinosa y no puede vivir largo tiempo.

—Pero puede disponer de sus bienes para fines benéficos.

—También se pueden rebatir las disposiciones testamentarias.

—Y finalmente, que su parentesco de usted es de décimo á undécimo grado.

—Pero no hay parientes más próximos.